

El día 19 del pasado mes de noviembre, en el teatro de la Paz de San Luis Potosí, la Academia Potosina de Ciencias y Artes hizo entrega de una medalla de oro "por méritos a la cultura nacional" a don Francisco de la Maza, distinguido historiador, profundo y prolífico estudioso del arte, especialmente del arte de la Nueva España, en el que sin duda es entre nosotros la máxima autoridad. El homenaje vino a significar uno de esos reconocimientos que suelen hacerse en la madurez de una vida de estudio. Casi coincidió con la aparición de un libro de don Antonio Castro Leal dedicado a la obra del historiador potosino, y de otro del propio De la Maza sobre las iglesias filipenses de México. Presentamos de estas dos obras sendas reseñas.

libros

de y sobre francisco de la maza

por Jorge Alberto Manrique

DE HISTORIA DEL ARTE

Don Antonio Castro Leal ha escrito una pequeña obra sobre Francisco de la Maza, en que se ocupa de él como historiador y como crítico de arte.* El autor indica su intención en el prólogo: "fundamentalmente elogia y celebra la labor admirable y constante de Francisco de la Maza". Y ciertamente ese propósito es loable y a nadie que medianamente conozca la carrera académica de don Francisco le puede parecer poco pertinente. Estudiar la obra del historiador de arte potosino, deslindar los fundamentos y la actualización de su quehacer, ponderar el gran esfuerzo que significa lograr una producción tan vasta como la suya, parangonarla con la de otros estudiosos, distinguir los puntos mayores de interés sobre los que gira su trabajo, examinar, en fin, su método y el proceso a través del cual ha modificado o mantenido sus primeras posturas, hasta llegar a una indudable madurez, todo esto sería materia bastante y de interés indudable.

Sin embargo don Antonio Castro Leal parece haberse quedado en las buenas intenciones. Yo diría, incluso, que le ha hecho un flaco servicio a De la Maza, porque a través del librito no se distingue en lo más mínimo ni su personalidad, ni lo que realmente cuenta su obra, la académica y la otra, que podríamos considerar "política" (en el mejor sentido: la de difusión y de defensa de valores amenazados). A tal punto que podría decirse que el libro es un caso de "guisado de pato

sin pato", donde no se cumplen ni por asomo los posibles temas que hemos señalado en el párrafo anterior, ni otros similares o equivalentes.

El libro está dedicado curiosamente a la memoria de Ponciano Arriaga y Manuel José Othón, "los dos potosinos más ilustres", dice. Pero aparte su calidad de potosinos no ve uno qué relación tengan el político liberal y el poeta con el doctor De la Maza. En una página ("Dos palabras") se aclara cómo surgió la obra, a partir de una reseña sobre un estudio reciente de don Francisco: eso quizá explica —aunque de ninguna manera justifica— el resultado final.

En efecto, después de una introducción que en forma rápida y más bien deslucida insiste en que los mexicanos no nos ocupamos de nuestra riqueza artística sino hasta después de que los extranjeros nos enseñaron (lo cual no es totalmente justo), y de una mínima biografía, excesivamente superficial, de Francisco de la Maza, los dieciséis siguientes capítulos corresponden a otras tantas obras del estudioso homenajeado, que comenta más larga o más brevemente.

Ese partido adoptado es suficiente para entender que la obra carece de una verdadera estructura conceptual, y que no pasa de ser una "crónica" que relata la producción de Francisco de la Maza. El último capítulo, "Apreciación final", no salva esa carencia de valoración crítica, pues menos de dos páginas con algunos elogios varios ("ingenioso", "ameno", "apacible", "incansable") son totalmente incapaces de configurar para el lector la personalidad académica de De la Maza, ni de situar su obra dentro del contexto de la historia

del arte hecha en México y fuera de México.

Ciertamente el sistema seguido por Castro Leal tiene la virtud de hacer que nos asomemos a la gran variedad de temas que han ocupado los desvelos de De la Maza (que no se detienen en el arte colonial, ni siquiera sólo en el arte), si bien esa idea queda algo desdibujada por el hecho de que sus dieciséis reseñas van presentadas por orden cronológico de aparición de los estudios a que se refieren, salvo muy contadas excepciones. En general don Antonio los comenta más por lo que tienen de información que por lo que pudiéramos llamar la intención del autor: no examina conceptos o tesis, sino que preferentemente agrega datos o aventura discrepancias acerca de ellos. Una vez más, eso no contribuye al mejor conocimiento de las actitudes académicas del doctor De la Maza; sin embargo esa postura crítica da las partes más jugosas del libro de Castro Leal: su manera comedida pero firme de disentir de tal o cual opinión, o de sumar datos interesantes a los que aporta el autor que comenta enriquecen seguramente al lector, y nos hablan de un trato entre los ciudadanos de la "república de las letras" —cortés pero polémico— que parece a punto de desaparecer en estas épocas de elogios mutuos o de odios definitivos. La información que agrega resulta muchas veces importante, la controversia se muestra en general fructífera, aunque otras parezca un poco intrascendente y en algunos casos no esté exenta de gazapos (v. gr.: hablar de la "sobriedad herreriana" del túmulo de Carlos V, construido por Arciniegas años antes de que se iniciara el Escorial, y más años antes de que Herrera tomara a su cargo las obras y de que su modalidad estilística se definiera).

Desde el punto de vista físico, la edición de *Francisco de la Maza, historiador y crítico de arte*, primera de la Academia de Artes, no hace honor a la propia academia: es tipográficamente fea, pobre y descuidada. Va adornada con el escudo o "logotipo" de la academia, de tan mal gusto que apenas puede uno imaginar cómo un grupo de muy distinguidos señores académicos de las artes haya podido adoptarlo.

En suma, se trata de un libro sin duda interesante por la intención que lo anima,

* Antonio Castro Leal: *Francisco de la Maza, historiador y crítico de arte*. México, Academia de Artes, 1970, 139 pp.

con datos sustanciosos sobre los temas que han ocupado a Francisco de la Maza y sobre él mismo (a los que se agrega una bibliografía de sus principales trabajos), que sin embargo parece haber fallado en lograr un análisis de la personalidad del historiador potosino y una apreciación de la importancia real de su obra.

RELIGION Y ARTE EN LA NUEVA ESPAÑA

El último, pequeño y muy cuidado libro que ha dado la prodigalidad intelectual de Francisco de la Maza* es, dentro de sus proporciones, un magnífico ejemplo de la manera que este estudioso ha seguido para tratar sus temas, manera que corresponde a todo un estilo de entender la historia del arte.

A los monumentos antiguos se llega, primero, por un conocimiento histórico previo, que sitúa una obra en el tiempo, antes de entrar al análisis histórico y formal de la misma obra. Así, el presente libro de De la Maza responde a esa estructura clásica: yendo de lo general a lo particular, habla primero del santo Felipe Neri y la fundación del Oratorio en Roma, luego de la vida de Antonio Calderón Benavides y la fundación de la "Unión Ilustrísima de San Felipe Neri"; más adelante nos hace la historia de las primeras construcciones filipenses, hasta llegar a la fábrica de San Felipe el viejo, las modificaciones que se le hicieron, la decoración que lo fue sucesivamente enriqueciendo a través del tiempo, y su posterior abandono y ruina.

Hay un importante intermedio con historias de los filipenses, antes de que llegue a referirse a la construcción —que quedaría inconclusa— de la iglesia nueva. Esta aparente alteración del orden lógico, que iría de lo histórico a lo artístico, se justifica por el deseo de plegarse a un orden cronológico, puesto que las historias filipenses que cita se sitúan en tiempo, por la mayor parte, en el siglo XVII, es decir, cuando fue levantado el templo viejo y antes de que se iniciara el nuevo, y puesto que la fuente de esos datos es de 1736 y resulta por tanto anterior a este último acontecimiento. Finalmente se refiere a la restauración reciente del conjunto arquitectónico, de la que hace elogio y crítica.

El discurso todo de De la Maza va enriquecido de comentarios sabrosos, inteligentes y eruditos. Si el pequeño primer capítulo dedicado al santo fundador italiano no pasa de ser una entrada conveniente (aunque aprovecha para caracterizar algunos rasgos generales de la orden, como la legendaria hermosura de sus miembros), las partes siguientes cobran más cuerpo a medida que se avanza.

Don Francisco camina por la Nueva España como por su casa —resultado de tantos años de trato continuo— y puede hablar prácticamente de cualquier tema con seguridad, lo mismo si se refiere a la

* Francisco de la Maza: *Los templos de San Felipe Neri de la ciudad de México, con historias que parecen cuentos*. México, edición del autor, 1970.



organización de las órdenes religiosas que si trata de patronos y protectores, la actitud de la mitra o de la autoridad virreinal o la tarea editorial del fundador mexicano, Antonio Calderón, heredero de impresores. Su conocimiento de las fuentes es indudable y le permite comentarios continuos a tantos aspectos relacionados con el tema que específicamente le ocupa en un momento. De manera que la mayoría de sus obras —y entre ellas la presente— rebasan con mucho lo específicamente monográfico de un monumento.

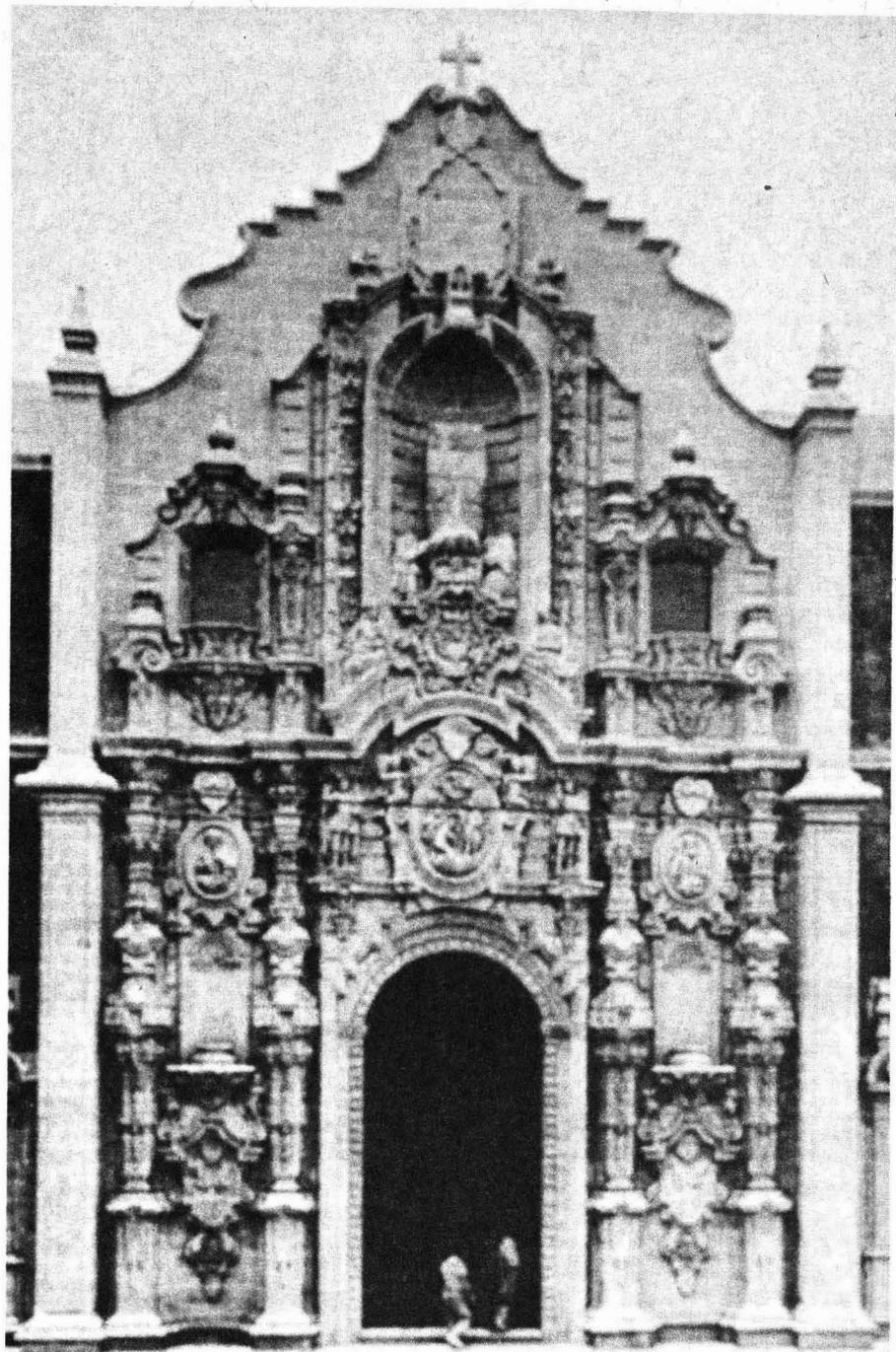
Seguramente la parte más amena del libro es el interregno titulado "Biografías filipenses, sucesos y costumbres del siglo XVII", que justifica el subtítulo de la obra. Ahí hace una selección y glosa, chispeante de ingenio muchas veces, de las biografías de oratorianos que incluye Julián Gutiérrez Dávila en sus *Memorias históricas de la Congregación del Oratorio de la ciudad de México*; es ésta una larga crónica de la institución "bosquejada antes con el nombre de unión", que sigue el modelo más general de tal tipo de obras, construidas sobre la base de las vidas de

varones ilustres que fueron orgullo de sus "religiones"; publicada en 1736, relata principalmente sucesos del siglo anterior. Con agudeza y aun malicia, De la Maza ha sabido leer esa apología, desvelando la rudeza o el ridículo cubiertos por los adjetivos y las frases arrobadas de Gutiérrez Dávila. Algunos de los subtítulos que emplea para encabezar los hechos que entresaca pueden dar idea del tono: "Chinches y pulgas", "Moral y baños", "Nube de hostias", "El padre Montaña y el fantasma etíope", y suma y sigue. En todo caso y amenidad aparte (que no es poca virtud en un estudio histórico), la glosa de De la Maza es un ejemplo de cómo pueden utilizarse esas crónicas viejas tantas veces calificadas de farragosas e inútiles; no sólo datos, sino hasta chistes pueden encontrarse en ellas: todo depende de la agudeza del ojo de quien busque. Y esa parte del librito es del mayor interés, porque don Francisco ha podido darnos una serie de retratos, todo lo fragmentarios que se quiera, pero ciertamente vívidos, de aquel oscuro siglo novohispano. En éste y en otros estudios (co-

mo *La ciudad de México en el siglo XVII*, 1969) De la Maza contradice la visión apologética que algunos historiadores del arte colonial parecen darnos acerca de la época, más exactamente —dejando a un lado el problema de castas— acerca de la vida criolla como toda lujos, arte, cortesía, elegancia y piedad religiosa. Reconociendo la ventaja de esta postura más crítica, yo le pondría sin embargo algún reparo: el de una especie de “desenfoque” histórico que proviene, sin duda, de una actitud en el fondo esencialista; juzga él la mugre o el excesivo pudor o el orgullo de clase o de limpieza de sangre de aquella época desde una cómoda postura del siglo XX; quizá lo absurdo de esos hombres no sea tanto si nos preocupamos por verlos, en lo posible, desde su mismo tiempo, tratando de entenderlos más que de exhibirlos. Y no dejo de advertir alguna forma de contradicción entre esa torpeza que encuentra en la sociedad colonial y su indudable admiración por el arte que produjo. Si fue una época de absurdos ¿cómo pudo realizar maravillas artísticas? Ciertamente era más consecuente la postura vieja liberal decimonónica: la época de la colonia fue mala, injusta, inmoral y falsa y en consecuencia el barroco es un arte falso y malo.

Seguro de los terrenos que pisa, don Francisco usa de ese estilo más bien desenfadado que le es característico, y de una especie de rudeza en afirmaciones tajantes y definitivas, lo que tiene la gran virtud de hacer resaltar, en una especie de claroscuro violento, aquello que particularmente le interesa señalar. Aunque, por otro lado, tal manera de proceder no carece de riesgos: por mi parte, v. gr., yo no me atrevería a negar con tanto garbo que “No hubo nunca, salvo el carmelita fray Andrés de San Miguel, ningún fraile, obispo, cura o sacristán arquitecto” durante la colonia; quizá lo más probable es que tenga razón, pero no lo sabremos de cierto mientras no tengamos la nómina completa de todos y cada uno de los alarifes que intervinieron en todas y cada una de las construcciones... lo cual es desde luego imposible.

La última parte del librito está dedicada a la iglesia nueva de San Felipe Neri, que los oratorianos iniciaron con todo lujo y grandeza en 1751, apenas quince años después de haber terminado la última “reconstrucción” de la iglesia vieja y once después de la inauguración del fastuoso retablo mayor de ésta. El arquitecto Ildelfonso Iniesta Bejarano hizo triunfar en ella el nuevo barroco estípite que simultáneamente entronizaba Lorenzo Rodríguez en el Sagrario metropolitano: su obra iba en vías de ser una de las más esplendorosas de la ciudad cuando “las protestas del conde de Regla, que vivía al otro lado”, la expulsión de los jesuitas en 1767 y un temblor que dejó maltrеча la iglesia al año siguiente hicieron que los oratorianos se mudaran a la antigua casa Profesa de la Compañía de Jesús. De la Maza historia esto y el posterior ocultamiento, por el teatro Arbeu, desde 1875, de la fachada inconclusa, cuando el buque de la iglesia



se utilizó para la sala y la portada fue escondida en el vestíbulo del coliseo. Salvada la obra por casualidad milagrosa, el predio fue comprado por la Secretaría de Hacienda y el conjunto de ambas iglesias y claustro restaurado en los años de 1968 y 1969 en lo que tenía de restaurable y dedicado a biblioteca. Encuentra De la Maza que con esto “paga la ciudad otra deuda que tenía con su historia colonial y logra la reivindicación de dos monumentos del virreinato que merecían ser conocidos y apreciados en su alto valor artístico”, aunque le parece errado el que se haya dado remate (según dibujos de Carlos Chanfón) a la no terminada fachada de la iglesia nueva, porque, según la *Carta de Venecia*, “la restauración termina donde comienza la hipótesis”; yo creo, para mí, que aunque ese célebre documento sea muy respetable, no es palabra divina, y que quizá aun más discretamente de lo que se hizo, pero era indispensable dar alguna terminación a esa magínfica fachada, que no podía, por claras razones estéticas, terminar en una desesperante línea horizontal que contradiría todo el

sentido de la obra; en la misma carta veneciana puede justificarse lo realizado, puesto que ésta asienta que la restauración tiene el fin de “preservar y revelar los valores estéticos del monumento”.

“No hay como hacerse uno sus cosas”, y Francisco de la Maza, que por su prestigio puede publicar prácticamente donde quiera, ha preferido esta vez hacer una edición propia, cansado, él tan meticuloso, de lidiar con editores. El resultado es un librito de 75 páginas, modesto, pero muy pulcro, realizado en los talleres de “Libros de México”, de indudable buen gusto, sobrio, complementado con suficientes y bien impresas fotografías de los monumentos que estudia, dibujos, pinturas y grabados, y con un plano desplegable del conjunto arquitectónico de las dos iglesias y claustro de San Felipe.

El todo, como puede apercibir el lector de esta recensión, una obra interesante, útil, amena y lograda en toda proporción, que corresponde indudablemente a la madurez de Francisco de la Maza como individuo, como estudioso del arte colonial y de la historia de la Nueva España.